



# Náufragos en el tiempo

**Xabier Iñarra San Vicente**





## **CONCURSO DE CUENTOS Y RELATOS BREVES**

Relato premiado  
modalidad castellano  
19-25 años

Edita: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz.

Servicio de Juventud. 2019

Diseño y maquetación: Iñaki Marquínez / io grafix

Ilustraciones: Laura Arrue

Imprenta: Gráficas Irudi

## PRÓLOGO

Escribir es un intento inútil de detener el tiempo. Es un engaño, una fantasía, un intento maravilloso. Escribir es hacer sentir a otros lo que uno siente leyendo. La escritura podría tener mil definiciones, muchas de ellas opuestas, y sin embargo todas verdaderas. Un día leí que te puedes considerar escritor cuando la gente se refiere a ti como el escritor. Creo que ser escritor no es cuestión de los demás, sino de uno mismo.

Han llegado a mí historias muy diversas, cada una con el universo imaginativo de su creador. Son historias de mentes que escarban en la realidad, que se detienen a pensar sobre lo que somos y lo que nos rodea, un acto que cobra especial sentido en este mundo actual en el que vivimos, lleno de estímulos, de distracciones, de velocidades vertiginosas y de recompensas fáciles.

Soy optimista: la literatura requiere paciencia y reflexión, requiere mirada, requiere visión crítica. Hoy en día la literatura es más refugio y más hogar que hace años. Si el mundo continúa acelerando, la literatura seguirá teniendo futuro. Relatos como los aquí presentados son ese futuro.

Enhorabuena y gracias.

**Álvaro Arbina**

# **Náufragos en el tiempo**

**Xabier Iñarra San Vicente**

“El que sufre tiene memoria”

CICERÓN

Lee tardaría mucho tiempo en olvidar aquel encuentro en el gasobar, la tarde del 31 de diciembre de 4999. Tan solo fue un instante en mitad de la inmensidad del tiempo, pero el malestar y los sentimientos confusos derivados de él la acompañarían por varios milenios, como si la picadura accidental de un mosquito le hubiese inoculado una enfermedad crónica. Seguía recordándolo incluso cuando el impacto inminente de una nube de polvo espacial forzó el desalojo del sistema estelar Tau Ceti y la obligó a embarcarse en una nave de salvamento durante una de las operaciones de rescate más bochornosas que se recuerdan en los anales de la humanidad y que no pudo evitar la muerte de más de 150.000 inmortales. En una época en que la palabra desaparición había perdido su significado para la mayoría, Lee fue una de las pocas que pudo resistir al impacto existencial de la tragedia.

La última tarde del quinto milenio se festejaba por todo lo alto en los planetas más poblados y urbanizados de la antropolaxia, pero en Kameharneha

transcurrió como otra tarde cualquiera. No se había planeado ninguna celebración especial; considerando que casi todos sus colonos habían llegado allí huyendo del ajetreo de las grandes cosmópolis, nadie tenía muchas ganas de celebrar nada. Después de regresar del trabajo en la mina de bismuto, Lee comió y descansó un rato en su cubículo. A ratos se escudriñaba ávida en el HealthMirror® en busca de algún defecto en su cuerpo que requiriese tratamiento. Pero nada. A pesar de los efluvios de la mina se mantenía íntegramente sana. Como solía ocurrirle en sus (recurrentes) momentos de inactividad, acabó pensando en su vida antes de llegar al planeta, hacia ya sesenta años. Aquellas divagaciones siempre le producían una melancolía insoportable. Llegó a fantasear con un cambio de aires que tal vez no le vendría mal. A media tarde, aburrida, se decidió a bajar al gasobar para matar el tiempo.

La sala de bombonas del local estaba inusitadamente vacía. Lee solo reconoció a Pot y a Marleyn atiborrándose de apestoso cloro. Los saludó extrañada. Quizás muchos vecinos no habían salido aún del trabajo. Sin embargo, Lee pronto detectó un elemento extraño en la estancia. En uno de los rincones del

mirador, sentado en el sillón más lujoso, yacía un forastero. Aunque su cuerpo relajado sugería, o intentaba sugerir, placer, no era difícil distinguir, a través de la mascarilla, un atisbo de disgusto. Como no era habitual encontrarse con extraños en la colonia, Lee se sentó en la tumbona de al lado y lo abordó para saber algo de él. “Vivir en un pueblo te convierte en una impertinente” pensó.

— ¡Hola! No nos conocemos, ¿verdad?

El forastero exhaló una bocanada de aire y se quitó la mascarilla con un gesto de alivio.

— No, no creo. Llegué aquí anoche. Me llamo Sendai.

Lee se consideraba muy aguda a la hora de extraer primeras conclusiones. Sendai parecía hermafrodita. Sí, había oído que el hermafroditismo era la moda entre la gente más cool desde hacía algunos años. Su tez morena parecía fruto de algún tratamiento jacksoniano con melanina, y sus tatuajes fosforescentes debían de ser el último grito en terapia genética. Sin duda, Sendai debía haber llegado desde muy lejos, desde alguno de esos planetas de alto poder adquisitivo donde la gente se preocupa por estar a la vanguardia

del transformismo. De Alfa Centauri quizás, o puede que del mismísimo Sistema Solar. De algún paraíso donde los planetas tuviesen nombres decentes de dioses y no el de un irrelevante reyezuelo hawaiano.

— Yo soy Lee. Encantada —respondió— ¿vienes de muy lejos? Sí, he estado varios años estudiando en Putingrado

— ¿Putingrado, Marte?

— Sí, es la ciudad más grande de Marte.

Lee se regocijó al comprobar que había acertado de pleno. Su sutil intuición mejoraba con los años. Quizás sería la soledad de Kamehameha.

— ¿Qué tal van las cosas por allí?

— Cuando empecé el viaje, hace ya doce años, iba todo bien. Ya sabes, la vida vibrante y refinada de los planetas viejos.

— ¿Y como así has venido a Kamehameha? ¿Es muy caro encontrar vivienda por allí?

— No exactamente. He decidido pasar unos siglos de aventura. Me apetecía experimentar cosas nuevas, conocer a gente... ya sabes, que no sean del estilo de gente con la que me mezclo de normal. Quería descubrir cómo es la antropolaxia exterior: los mineros,

las estaciones científicas, las colonias de disidentes; en fin, todas esas cosas.

— Entiendo. Yo misma llegué aquí por algo parecido.

— ¿Por qué?

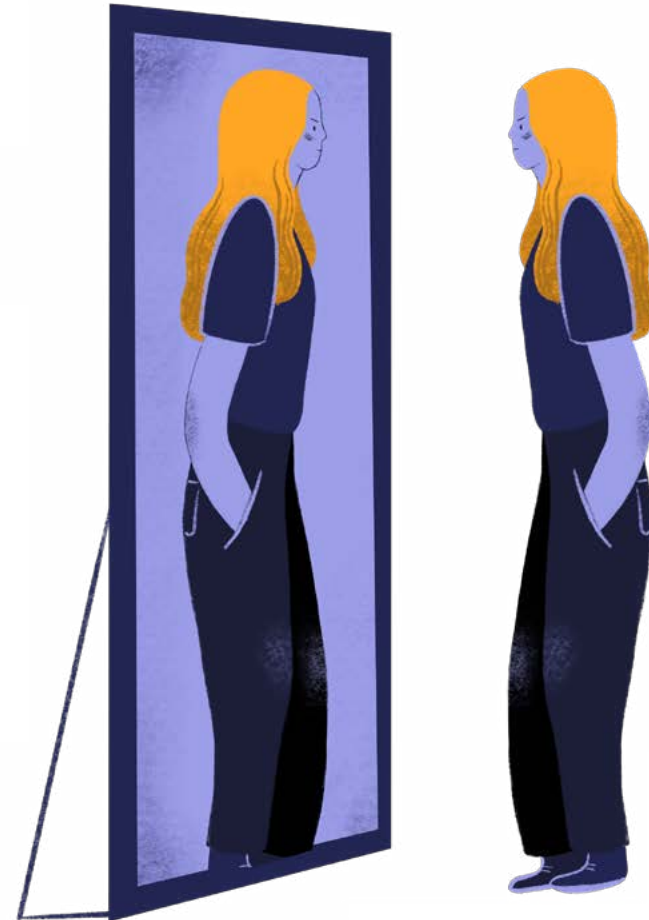
— Para saber cómo era la vida por estos lugares. Bueno, por eso y porque hubo un plan de relocalización de habitantes donde vivía, en Sirio B. Los planetas empezaron a sobrepoblarse y decidieron ayudar a los que quisiésemos marcharnos para que aquello no acabara en un colapso de suministros. Pero eso ocurrió hace ya 61 años.

— Om.

La pasividad impuso un prolongado silencio. La atmósfera del gasobar, viciada y soporífera, como de fumadero de opio posmoderno, no invitaba a mantener el ritmo de conversación. De fondo se escuchaba la respiración entrecortada de Marleyn, que ahora esnifaba un cóctel de helio diluido.

— ¿Y estás buscando trabajo en la minería? —preguntó Lee intentando rescatar el diálogo.

— La minería... nunca me ha llamado demasiado la atención.



— Pues has venido al sitio equivocado. Aquí todo el mundo trabaja en la minería de bismuto. Aunque tienes una gran variedad de trabajos para elegir.

— ¿Como cuáles?

— Bueno, estamos los supervisores de maquinaria de extracción, como yo, los mecánicos que reparan los aparatos, los ingenieros, los geólogos, los técnicos de seguridad... Y ahora están contratando a nueva gente. Dicen que la demanda de bismuto ha crecido mucho. Lo utilizan en planetas cálidos como aislante para edificios. ¡Puede decirse que has llegado en un buen momento para encontrar trabajo!

Sendai resopló distraído. Los altibajos del bismuto no eran una cuestión que le apasionara precisamente.

— ¿Qué has estudiado? Decías que habías estudiado hacía poco...

— Tratamientos genéticos en cosmética —respondió antes de colocarse una mascarilla aromática.

— Vaya, pues de eso no sé si hay mucho trabajo por aquí... sé que hay gente que, con el tiempo, acaba teniendo sarpullidos en la piel por pasar mucho tiempo en las minas... a lo mejor piden alguien para eso...

— ¡Puaj! —interrumpió Sendai quitándose de cua-

jo la mascarilla como si se tratase de una bomba fétida ¡No había probado una esencia de ozono tan repugnante en mi vida! ¡Esto es peor que el peor gasobar de Marte! ¿Hay alguna esencia aceptable en este antro? y para colmo *es taaan creepy*.

Al oír aquella expresión, aquellas dos últimas palabras, aquel tono inconfundible de exabrupto, Lee recordó algo. Ella misma, cuando aún era un hombre llamado Andy Nguyen, cenando en un restaurante con una mujer. Era su pareja. Hacía cientos de años que no la recordaba, de hecho ni siquiera recordaba gran cosa. ¿Dónde y cuándo había ocurrido aquello? Su memoria la retrotraía a tiempos lejanos, principios del siglo XXII por lo menos. De hecho, podría ser anterior al descubrimiento de la inmortalidad, cuando había que preocuparse por comer sano y todavía se podían tener hijos. El restaurante debía de estar en Wuhan, China. Les sirvieron un inmundito aperitivo de huevos podridos, una deposición de detritus humeantes acechando en mitad de un plato, y la mujer exclamó: *es taaan creepy*. El mismo tono de indignación. La misma mueca frívola y caprichosa. Con toda seguridad, Sendai era ella. Se sintió como si, acercando el ojo a una mirilla, atisbase un instante esfumado



miles de años atrás. Los inmortales cambian de trabajo, de rasgos, de altura, de sexo, de tono de voz, pero hay muletillas que sobreviven a todos estos cambios. Había olvidado su nombre, pero solo podía ser ella.

— Sendai, no recuerdo tu primer nombre, pero esa última expresión solo puede ser tuya. Sé que parece una locura, pero creo que estuvimos casados hace miles de años. De hecho, no estoy seguro, pero me parece que tuvimos un hijo. Cuando todavía no había legislación antinatalidad. Yo me llamaba Andy Nguyen. ¡Madre mía! —Lee no podía contener la emoción ante algo tan casual y a la vez tan sublime— Y ahora se vuelven a cruzar nuestros caminos... ¡en este planeta del quinto pino!

Sendai no pareció sorprenderse y asintió ante la curiosidad. Seguramente no recordaba nada.

— Es posible. Una vez un psicólogo me contó que alguna gente recuerda cosas así de lejanas, de la época anterior a la mortalidad. De su niñez incluso. Según él, al principio, la gente guardaba recuerdos de todas las etapas de su vida. Sin embargo, a partir de los ciento veinte años más o menos, habían vivido tantas cosas que su mente se bloqueaba, se volvían incapaces de asimilar información nueva. ¡Algunos se

mudaban a una nueva ciudad y a los cinco minutos habían olvidado qué hacían en aquel lugar desconocido! Entonces, ciertas personas optaron por implantarse chips de memoria adicional, pero estos también terminaban saturándose. Según la calidad del chip, ampliaban la memoria útil entre cien y cuatrocientos años, no más. Por eso, al final todos nos resignamos al olvido. Aceptamos recordar relativamente bien lo que nos ha sucedido en los últimos cien años, y el resto se borra de nuestra memoria cada cierto tiempo. Pero toda la información sobre nuestras vidas anteriores sigue guardada en alguna parte de la red de datos. Y a efectos biológicos seguimos siendo inmortales, que es lo que importa. Es un tema interesante, ¿no?

— Más bien aterrador —exclamó Lee pálida y febril, como estuviese incubando una gripe.

— Bueno, no me preocupa. Al fin y al cabo hay cosas más importantes que la memoria. A propósito, voy a ver qué tal sabe este aroma: *Experiencia de óxido nitroso*.

Al otro lado del mirador la débil luz de Tau Ceti acariciaba las llanuras infinitas y suavemente onduladas de la planicie de Maui. Al contemplarlas, Lee no pudo contener las lágrimas. No conseguía

recordar nada más sobre la que fue su mujer. Había vivido casi cinco mil años de euforia, amparada por la certeza de la inmortalidad. Nada desaparecía, era inútil preocuparnos por el tiempo, pues podíamos realizarnos y metamorfosearnos eternamente a nuestro antojo. Pero aquella seguridad acababa de desintegrarse, junto a tantas otras, como pastillas efervescentes en un vaso de indigesta agua. La naturaleza humana, que por cierto era impermeable a todos los avances médicos venidos y por venir, prohibía tajantemente que nuestras vidas durasen para siempre. ¿Hay algo más importante que la memoria? ¿qué somos sin ella? Simples fantasmas sin identidad. Lee, que por supuesto había olvidado una enfermedad de nombre alemán erradicada en tiempos remotos, comprendió que sus pensamientos no eran más que un grano de arena en mitad de un desierto inabarcable. Como Jos de Andy Nguyen. Como Jos de todas las personas que habían compartido su genoma con ella y de las cuales, sin embargo, apenas si conservaba una vaga idea. Como los de Sendai cuando era una joven mortal repugnada por un plato de huevos podridos en un restaurante de Wuhan.

Había hecho falta una delgada fisura en su cerebro



tantas veces remodelado, el golpe de cincel de una tonta coletilla, para derribar con gran estruendo tantos siglos de ceguera. *Era taaan creepy*. La inmortalidad, el mayor logro de la especie humana, resultaba ser un gran engaño. O al menos un burdo y monstruoso maquillaje. Nada podía tener continuidad en el tiempo. Por desterrada que estuviese la muerte física, se había perdido el hilo de memoria que conectaba a Lee con Andy Nguyen, y a este con todos sus mediocres epígonos, ese hilo que los convertía en un único ser, una única conciencia, en algo más íntimo que la traza de ADN que liga a un sujeto con sus más lejanos ancestros. La vieja dama de la guadaña se había sublimado, había cambiado de táctica. Pero, desde su escondite, seguía acechándonos a nosotros, seres autoconscientes, como la implacable cazadora que nunca había dejado de ser.

Los destellos finales de Tau Ceti centelleaban titubeantes, a punto de difuminarse en el horizonte. Un espectáculo cautivador a la vez que pavoroso. El último día del quinto milenio llegaba a su fin.

Un escalofrío recorrió la piel de Lee. Sendai se ciñó la mascarilla y estalló en una orgía de carcajadas.



[www.vitoria-gasteiz.org/gaztehitzak](http://www.vitoria-gasteiz.org/gaztehitzak)

